



FUNDACION
BIBLIOTECA

MENSAJE DEL
HON. RAFAEL HERNANDEZ COLON
GOBERNADOR DE PUERTO RICO
(1973-1976; 1985-1992)
EN OCASION DE LA PRESENTACION DEL
MONUMENTO-FUNEBRE A
DON ROBERTO SANCHEZ VILELLA,
EN EL DIA DE SU NATALICIO

PUERTO RICO

17 DE FEBRERO DE 2001
PANTEON NACIONAL
ROMAN BALDORIOTY DE CASTRO
PONCE, PUERTO RICO

Cuatro más, cuatro más, cuatro más, gritaba la enardecida multitud que abarrotaba el Estadio Cholo García de la Sultana del Oeste. Yo era parte de aquella multitud vociferante que pedía a Luis Muñoz Marín que se postulara por cuatro años más para la gobernación de Puerto Rico.

Pero yo no gritaba cuatro más. Yo estaba convencido que Luis Muñoz Marín debía dejar la gobernación para que se iniciara un proceso de renovación en el Partido Popular. Pero la despedida era fuerte emocionalmente. Lágrimas rodaban por mi rostro al contemplar al líder que allí se daba cita con su partido ese 16 de agosto de 1964.

Estábamos viendo el final de una era. De la era dorada de Puerto Rico. La era en que el país se movió adelante con un propósito colectivo generalmente compartido. La era en que la justicia y el progreso se daban aceleradamente. La era de modernización e institucionalización.

Al cumplir sus 66 años de edad y sus 24 consecutivos en el poder, el gigante político que había inspirado en 1938 el movimiento conocido como el Partido Popular dejaba el poder voluntariamente, en contra de las preferencias de sus seguidores, porque entendía que tenía que producirse una transición de tal forma que el movimiento continuara sirviéndole ininterrumpidamente a Puerto Rico.

La gran misión del Partido Popular, según la interpretaba Muñoz y muchos de nosotros, pero él con más profundidad, estaba inacabada. El país se había refundado y

reinstitutionalizado sobre bases de justicia y progreso económico pero comenzaba a aflorar la propensión al consumo y al hedonismo como valor supremo en la sociedad emergente; el disfrute de los bienes culturales y del espíritu no tenía el rango que él entendía que debía tener.

Muñoz había transigido su ideal de independencia por la fórmula de asociación con Estados Unidos debido a que ésta última ofrecía mayores oportunidades de libertad individual integral al puertorriqueño --libertad del hambre, de la ignorancia; de la enfermedad, etc. Esta transacción filosófica tenía un fuerte componente electoral: el pueblo encontraba su seguridad económica y política en la relación con Estados Unidos y no estaba dispuesto a apostar por la independencia ni aún con Muñoz a la cabeza.

La sabiduría popular era indudablemente correcta. Aunque un Puerto Rico independiente no hubiera replicado los autoritarios, corruptos, e incompetentes gobiernos africanos que defraudaron el anhelo de libertad de sus pueblos durante la última mitad del pasado siglo, es indudable que nuestra capacidad de desarrollo se potenciaba con la asociación con Estados Unidos.

La relación estadolibrista se ancló sobre este profundo sentir del pueblo puertorriqueño, pero el deseo de libertad no es sinónimo del deseo de independencia. El Estado Libre Asociado según se estableció en 1952 tenía un déficit democrático y Muñoz estaba muy consciente de ello. El poder federal pesa sobre Puerto Rico sin nuestro consentimiento.

Existe un imperativo moral para rectificar esa situación que es parte del proyecto histórico del Partido Popular.

Al Partido Popular le quedaba mucho pero mucho por hacer cuando su Asamblea General fue convocada para Mayagüez aquel 16 de agosto de 1964. Pero pocos de los allí presentes se planteaban esos temas. Desprenderse de Muñoz era lo que traumatizaba la Asamblea.

Muñoz hacía un gran esfuerzo por dirigirse a la multitud que le pedía cuatro años más en la gobernación. Trataba de convencerla de que él no se iba, sino que regresaba a las plazas y a los bateyes para estar nuevamente directamente con el pueblo. Les decía que él no era su fuerza, que ellos mismos eran su fuerza. Pero la gente no hacía caso de aquellos razonamientos y le gritaban reiteradamente cuatro más, cuatro más.

Finalmente nominó a Roberto Sánchez Vilella como el candidato para la gobernación del Partido en contra de la voluntad de la asamblea. Se formó el caos. Yo decidí en ese momento que me iba. Al abandonar el estadio, escuché por los altoparlantes la voz de doña Inés, que le pedía a la asamblea que respetara la voluntad de su esposo.

Muñoz tuvo la alternativa de permitir que la asamblea seleccionara su sustituto. No lo hizo pensando cohesionar el partido a través de la nominación de Sánchez Vilella en quien tenía plena confianza. Lo logró, y Roberto Sánchez Vilella tuvo un triunfo arrollador en las elecciones de 1964. Los problemas con esta forma de encauzar una transición

surgirían después. El poder político hay que ganárselo y no es transferible por voluntad del líder que quiere retirarse. Son los seguidores los que tienen que escoger su líder.

Sánchez había sido la mano derecha de Muñoz durante los últimos 16 años. Era una figura de un gran respeto en Puerto Rico. Ingeniero civil de profesión, le había dedicado su vida al servicio público llegando a ocupar la posición de Secretario de Estado que en nuestro país hace de Vicegobernador. De una enorme integridad, gran inteligencia, y trabajador incansable, se dedicó en cuerpo y alma al desempeño de las delicadas e importantes responsabilidades gubernamentales y políticas que le asignaba Muñoz.

Yo había tenido la oportunidad de conocerle y pocos días después de que fuera nominado, se me contactó para que organizara un grupo de amigos en Ponce para llevar a cabo una campaña en favor de su candidatura en paralelo con la campaña oficial que llevaba el partido en el municipio. Con la ayuda de Jorge Martín, Rafael Pou y José Méndez Moll, formé el grupo el cual realizó varias actividades. En realidad fue una modestísima contribución a la campaña.

Con el discurso inaugural que pronunció Sánchez en su toma de posesión del día 2 de enero de 1965 comenzó a crearse un distanciamiento entre él y los populares más allegados a Muñoz los que algunos entonces llamaban el alma mística del Partido Popular. Sánchez había entendido que su misión era renovar al Partido Popular y para ello habló de un

nuevo estilo de gobierno que habría de instaurar con gente joven que se proponía atraer al gobierno.

Esta línea de acción política creó una fisura con la vieja guardia del Partido cuyos integrantes habían estado en puestos directivos desde que el mismo se fundó. La grieta continuó abriéndose según avanzaba el cuatrienio. Se trataba de la lucha de la generación fundadora por mantener el poder frente al gobernante que pretendía renovar los cuadros con los nuevos pinos brotados en años más recientes. Empeñado en que en la transición tuviera éxito, Muñoz Marín no hacía caso de los chismes que le llevaban a su residencia de Trujillo Alto.

Yo era uno de aquellos pinos nuevos. En agosto de 1965 me nombró Secretario de Justicia. Desde esa posición tuve la oportunidad de conocerlo más de cerca. Contrario a la imagen que proyectaba de seriedad y distancia, Sánchez era una persona de mucha sensibilidad y muy amable. Trabajaba de forma muy organizada y me pedía mi opinión sobre muchos asuntos. Con él comencé a aprender de administración pública. Sánchez era un firme creyente en los principios clásicos de administración. Se conocía el gobierno de rabo a cabo y sabía de qué pata cojeaba cada funcionario. Como ingeniero civil tenía su particular manera de ver las cosas. Muchas veces expresaba su pensamiento en términos de leyes de física. Por ejemplo, cuando estaba considerando un nombramiento y le venían muchas recomendaciones me decía: Cuchin, a mayor presión, mayor incapacidad del candidato.

Poco me imaginaba yo en aquellos primeros meses del gobierno de Sánchez que la transición que había iniciado Muñoz el 16 de agosto de 1964, fracasaría estrepitosamente causando un quebranto en la continuidad programática e institucional --particularmente en torno al desarrollo del Estado Libre Asociado-- que cambiaría el curso de la historia del país.

A más de treinta años de aquellos acontecimientos, podemos ahora hacer una reflexión sobre lo que fue mal en aquella transición. Esencialmente Muñoz intentó un atrecho al largo y conflictivo proceso de una transición democrática, usando su enorme poder para nominar a Sánchez y Sánchez no logró enraizar su liderazgo sobre el Partido Popular. Al ser nominado por Muñoz, no se dio la ruptura del liderazgo de Muñoz sobre el partido ni tampoco la lucha a nivel de las bases determinante un nuevo liderazgo. Si bien ganó la elección, la ganó como candidato del Partido Popular, cuyo líder máximo todavía era Muñoz.

Sánchez estaba consciente de ello. Pero entendía que desde la posición de gobernador y llevando a cabo la misión de renovación que el Partido necesitaba, podía ganarse el liderazgo del partido y del país. La lucha por el liderazgo se dio durante su cuatrienio en la gobernación. El issue sobre el cual se trabó a la contienda fue la renovación pero una vez trabada la lucha política interna, se manifestó en múltiples posiciones divergentes de los líderes del Partido en el Senado.

De este enfrentamiento surgió Luis Negrón López como contrapunto político a Sánchez. Nunca pensé que Negrón se involucrara en eso como cuestión de ambición personal. Más bien entendí que la oposición que se generó a la renovación gravitó hacia Negrón por ser el líder legislativo de mayor arraigo en el pueblo.

Sánchez y Negrón habían sido íntimos amigos y estrechos colaboradores en el Partido y en el gobierno de Muñoz. Al convertirse en Gobernador, Sánchez pensó que eso cambió jerárquicamente su relación de trabajo con Negrón y que éste no entendía eso. La manera de Sánchez entender la gobernación matizada por consideraciones institucionales y por la impronta que dejó en ella Luis Muñoz Marín, le distanció de su amigo y colaborador de tantos años.

Sánchez hubiera ganado aquella pelea, pero se debilitó enormemente en el proceso de su divorcio el cual comenzó a finales del segundo año de su término y duró hasta finales del mes de septiembre del año siguiente. Coincidió con la campaña para el plebiscito que se celebró el 23 de julio de 1967. El asunto lo debilitó de tal forma que el 21 de marzo de 1967 anunció que no habría de aspirar nuevamente a la gobernación y se retiró de la campaña del plebiscito.

Esta decisión puso fin a la transición que Muñoz había encauzado el 16 de agosto del '64. De ese momento en adelante comenzó un proceso para la determinación del nuevo

líder mientras Muñoz llenaba temporariamente el vacío que dejaba Sánchez.

Cierto es que después que concluyó su proceso de divorcio Sánchez anunció que volvería a postularse para gobernador, que intentó ganar la nominación del Partido Popular en la asamblea que se celebró en agosto de 1968, y que al no lograrlo, adquirió el recién organizado el Partido del Pueblo, con el cual fue a las elecciones de ese año. Pero aunque estos eventos registraron históricamente su derrota ésta ya era inevitable luego de que anunció su decisión de no volver a postularse.

Cuando un líder se retira de una contienda política, la inmensa mayoría de sus seguidores se dividen entre los candidatos que continúan la lucha. Son pocos los que se quedan a la espera de lo que haga el líder en el futuro. Terminado el plebiscito del '67, se abrió de facto la campaña para la nominación del candidato del Partido Popular para gobernador en las elecciones del '68. La mayor parte de los líderes de base se comprometió con Luis Negrón López y una parte menor con Chaguín Polanco Abreu. Cuando Sánchez se reinsertó en el proceso, no había manera de recuperar el terreno que había perdido.

La intervención de Muñoz en la asamblea general del '68 pronunciándose en contra de Sánchez fue totalmente innecesaria pues la mayoría de los delegados estaba con Negrón antes de llegar al estadio Hiram Bithorn donde se celebró la convención y Muñoz lo sabía. Esta actuación causó

grave daño al Partido Popular al sentar las bases para que Sánchez abandonara el partido y se presentara por el Partido del Pueblo, lo cual produjo la división y derrota que cambió el curso de la historia del país.

También cambió mi propia vida en formas que ya todos ustedes conocen. Pero nunca olvidé las lecciones que nos enseñó aquella transición. Por eso al llegar el momento de hacer lo propio, anuncié primero mi decisión directamente al pueblo por televisión el 2 de enero de 1992 --de esa manera no había reconsideración posible-- y al Partido, el 11 del mismo mes, hablándole de la manera siguiente:

"La determinación que anunciara hace unos días de concluir mi vida pública al terminar el presente mandato a la gobernación, hace necesaria la renuncia a la Presidencia del Partido para facilitar la consolidación del liderazgo a la brevedad democrática posible, frente al año electoral que tenemos por delante. Por consiguiente, al terminar estas palabras cesaré como Presidente de la colectividad.

... Ningún líder deber considerarse indispensable o hacerse de ilusiones de que por servir un tiempo más va a consolidar para siempre el progreso o los valores e ideales por los cuales ha luchado.

... La antorcha se entrega a quien el pueblo escoge para llevarla. Viví muy de cerca el proceso de transición de liderazgo que se produjo por Luis Muñoz Marín en 1964. Aquellas experiencias me permitieron entender que la selección del líder sucesor tiene que venir de las entrañas del

pueblo, a través de un proceso democrático. Este es un proceso de íntima búsqueda entre pueblo y líder, de enfrentar retos y superarlos, de ganar su respeto y merecer una confianza. El proceso requiere un tiempo que puede ser más o menos largo. Pero si discurre normalmente, el liderazgo se levantará sobre la roca sólida de la voluntad popular.

... Para fortalecer y facilitar el proceso de selección del nuevo liderazgo, no me propongo ocupar posición alguna -- activa u honoraria-- en el Partido. Seré simplemente otro Popular más.

El candidato o la candidata que el pueblo Popular seleccione para la presidencia del Partido y para la gobernación de Puerto Rico, recibirá mi endoso personal".

De esta forma encaucé un proceso de transición distinto al que se dió en el 1964. El mismo no ha dejado de ser electoralmente accidentado--dos derrotas y una victoria--pero el protagonista principal en la búsqueda del líder lo ha sido el pueblo mismo. Está por verse si este proceso ha concluido en cuanto a la gran misión del Partido Popular para Puerto Rico, la cual supone mucho más de una vuelta al poder. Supone retomar, frente a los problemas de hoy y con los recursos de hoy, las grandes líneas de desarrollo social, económico, cultural y político sustentadas por los valores que animaron el movimiento de pueblo del '38 para llevar al país a construir y disfrutar de la gran civilización de que es capaz. Supone forjar nuevamente el propósito colectivo del país .

Al concluir estas reflexiones en este acto en que sepultamos a Roberto Sánchez Vilella en tierra ponceña junto a la tumba de Román Baldorioty de Castro le expreso a Don Roberto mi agradecimiento por la oportunidad que me dio para luchar por la gran misión del Partido Popular que él también llevó en su corazón y por el ideal autonómico que compartió con el insigne patricio que reposa a su lado y una vez más manifiesto mi compromiso de lucha desde la trinchera que ahora me corresponde por estos nobles ideales puertorriqueños.

